

VOTAR AL GPT

Piensa el ladrón que todos son de su misma condición. En el 15-M algunos políticos de la izquierda, sorprendidos, fueron abucheados al aparecer pretendiendo representar a los indignados. Otros aparecieron después creyéndose tal representación: por la indignación venció la intolerancia. Tolerancia según la RAE es la “Actitud de la persona que respeta las opiniones, ideas o actitudes de las demás personas aunque no coincidan con las propias”. Es no juzgar a los demás: a todos los demás, también a los que no coinciden con los eslóganes propios, sean de “los nuestros” o de “los suyos”. No se trata de garantizar que respeten a algunos, tras declararlos paternalmente víctimas, es a todos. Se han incorporado al sistema con la peor de las versiones posible: juzgar a los demás, llamándose a si mismos tolerantes. El respeto es algo que se tiene, no que se exige, salvo que se dé por supuesto que los “demás” no lo tienen, que solo lo supone quien no lo tiene por los “otros”. Como no se sienten respetados y no respetan a los “otros”, exigen ser respetados por ley. No entra en la cabeza de los intolerantes, que el respeto no se legisla, pues piensan que tolerancia es lo que ellos mismos sienten: respeto hacia los “suyos” y desprecio a los “demás”. Joan Manel Serrat o Joaquín Sabina son, según ellos, fascistas. Los que no les bailan el agua son negacionistas, neoliberales, insolidarios, especuladores, opresores, y toda clase de etiquetas colgadas en un juicio permanente en el que cortan cabezas al estilo de la Reina de Corazones de Alicia, en su País de las Maravillas.

De esa “manera de pensar”, que no es ideología sino falta de respeto por la diversidad, deducen, como ya lo hicieran el nacional-catolicismo (con sus rojos y masones), el nacional-socialismo antes (con sus judíos e inferiores), o el nacional-comunismo (con sus capitalistas y traidores), que tienen derecho a juzgar a los demás porque tienen una autoridad ideológica para hacerlo. Nada nuevo, ya estaba inventado por otras pastorales enfadadas. Como se parte de la premisa de una superioridad moral, los “demás”, los fachas, los que les cuestionan, se suponen tan intolerantes como ellos, por lo que hay que legislar su intolerancia hacia “ellos”. Igual que el nacionalismo no concibe que los “demás” no sean nacionalistas, sino de otro nacionalismo, o los futboleros no conciben que pueda haber quien no sea de ningún equipo, la vieja manera de pensar de que el respeto hacia si mismos -hacia la Patria, hacia la raza, hacia la clase- se debe garantizar legalmente, no comprendiendo que entre esos “demás” los hay que no son de los “otros”. Los hay que no juzgan las orientaciones sexuales, la procedencia, la lengua, el sexo, la desigualdad, la riqueza, las decisiones,... simplemente por respeto hacia todos, también hacia los “demás”, sin que necesiten a quien les conciencie e imponga una tolerancia unidireccional... y se lo plantean como una confrontación: entre culés y madridistas. Si no eres de los nuestros, estás en nuestra contra. Pues también los hay a quienes no les importa el fútbol, pero respetan a los que sí, aunque no los entiendan. Nos exigen posicionarnos en sus batallas, y para definir a los ciudadanos los asignan a algún equipo, a unos colores, sin entender que a algunos se la traen floja las camisetas.

Sin comprender que hay una minoría heterogénea y silenciosa que respeta a todos, por no entender un mundo en el que no se juzga a los demás. Izquierdas y derechas reclaman el respeto de los oponentes, incluyendo entre ellos a los que no gusta el fútbol: delitos de odio, denuncias por difamación, leyes de libertad sexual, faltas de respeto a las autoridades, insultos a la Monarquía,... No es ya la libertad de expresión, ni siquiera la de pensamiento, es la normativización de sentimiento desde la tristeza y la rabia. Lucha, enemistad, competencia, intolerancia. Perdida la base ideológica de la lucha de clases, las ha sustituido por equipos; mientras la derecha perdida la guerra, ha optado por sustituir razas por lenguas. Luchando por el poder, no consensuando, confundiendo convicción con fuerza, cuando es la debilidad de los ignorantes. En tan pobre contenido ideológico, se han quedado y de ahí no son capaces

de salir, junto con un marketing de democracia, seguridad, orden, respeto, tolerancia, colaboración y solidaridad, palabras que ahuecan impenitentemente con sus acciones sesgadas entre “nosotros” y “ellos”. Algunos no somos ni de unos ni de otros, ni siquiera nos identificamos en uno de los cajones en los que creen que pueden dividir a la sociedad. Algunos no necesitamos que nos exijan que demos nuestros respetos. Todos somos selectivamente intolerantes, algunos con los que no son de los suyos y algunos ante los sermones de arrogantes e hipócritas desde la ignorancia (como hacen los curas al sermonear sobre sexo).

Cada uno se define por sus actos y sus consecuencias, no por sus autodescripciones, declaraciones e intenciones. Si se consigue lo contrario a lo pretendido, tal vez la culpa es propia, no de los “otros”. Ambos comparten el modo de pensar: nosotros y ellos. Ambos paternalistas. Ambos conservacionistas. Ambos ven el progreso según sus deseos y no como adaptación a la realidad. Ambos recurriendo al miedo mejor que la esperanza. Ambos esgrimiendo confrontación y lucha en vez de colaboración. Ambos con sus beatas y superioridad moral (origen de todo autoritarismo). Ambos adanistas, insistiendo en sermonearnos sin habérselo previamente estudiado. Ambos se lo dicen ellos mismos, pretendiendo racionalizar su imposible oximorón: izquierda nacionalista y derecha liberal (la izquierda no puede ser nacionalista, ni el liberalismo puede ser conservador).

No van más allá en su diagnóstico que, en base a deseos y tópicos, sin datos o con datos cocinados y seleccionados con sesgos de confirmación, compartimentar a los ciudadanos en grupos (antes clases) y lenguas (antes razas), entre los que establecen supuestas luchas o afinidades y a los que cuelgan descripciones que supuestamente los definen, entendiendo que los “otros” son tan intolerantes como los “nuestros” y que hay homogeneidad entre los homosexuales, los desahuciados, los ricos, los hipotecados, los empresarios, los ecologistas, los vascos o los españoles. No tienen analistas entre sus cuadros ideológicos, o no les entienden (que es lo más probable). Resulta que eso que hacen por hipótesis -opinión sin datos pero con pistas- es exactamente lo que hace una I.A. de andar por casa, solo que lo hace mucho mejor por basarse en datos y no en deseos y tópicos.

Dirán: es que Izquierda y Derecha son más que propuestas de gestión por división entre clases y pueblos. Sí, también estética y marketing, pues cada uno a su manera pretende la felicidad de sus clases y pueblos. La ideología no va más allá. Conceptos que se vacían al tocarlos: democracia, respeto, seguridad, justicia, bienestar, libertad, tolerancia, paz, reforma, progreso, compasión, solidaridad, redistribución, igualdad, diversidad,... ninguno de ellos cumplen fuera del “nuestro y nosotros”, si condicionan su diagnóstico de clasificar-asociar-definir a grupos y pueblos. Tolerancia con los suyos, paz con los suyos, libertad de los suyos, bienestar de los suyos,... contra los otros, sus enemigos, que tienen la misma manera de pensar... Lo curioso, o no tan raro ya que proyectamos sobre los ordenadores, es que esa manera de pensar es como se ha programado el proceso KDD (“Knowledge Discovery Data”): de los datos se mina información, de la información conocimiento y del conocimiento, sabiduría.

Una I.A. de modo más o menos elaborado, desde herramientas que se descargan gratuitamente a caros paquetes, desde programación en R a algoritmos evolutivos y redes neuronales, procesa lo que llaman minería de datos, que es simplemente un conjunto de algoritmos de clasificación, asociación y etiquetación, balanceados con “scoring”, que son evaluaciones de los valores (monetarios, económicos, subconscientes, morales,...). Diagnóstico de los datos según clasificadores lineales (clases) o no lineales (patrones), con ideologías (métodos) como árboles, “bosques aleatorios”, “boosting”, SVM, k-NN,... todos con muchas variantes según la base de datos que “factorizan”. Sus resultados pueden ser

contrastados o no (comparación reiterada con la realidad), por lo que en “Machine Learning” se llama “supervisión”, y para evaluar su calidad, construyen “matrices de confusión” (falsos positivos y falsos negativos de los resultados). La supervisión no es del legislador, sino de los propios datos en recurrencia. Incluso cuando el método es “no supervisado”, hay parámetros de calidad que indican su grado de eficiencia en la categorización -“rewarding”-, y son bastante más objetivos que los métodos de las ideologías: aplausos y votos. Asociadores o reglas de subgrupos, SDMaps, detección de “clusters”,... Regresores con etiquetadores de nombres como MCO, Anova, Lasso, Bootstrap, SVR, GAM,... que evalúan las definiciones por supervisión en medias, varianzas, errores cuadráticos o entrópicos,... Jerga técnica. No es que sea muy difícil, pero la cosa da para grados, másters y doctorados universitarios, que se imparten en todas las Universidades; y todas las empresas medianas tienen su departamento especializado. Ni Derecha ni Izquierda lo quieren saber, y “opinan” lo que deberían ser los datos, sobre lo que ya hay datos, y saltándose su análisis objetivo y sistemático. Fundadores de ciudades en su Plaza Mayor, sin siquiera mirar si ya hay una ciudad dónde la quieren fundar. Lo que ellos interpretan subjetivamente clasificando a bulto, según matrices de valores que corresponden a jerarquías morales “nuestras” y etiquetando con tópicos, sin más datos que la visión miope de su entorno, que llaman opinión. Con sus defectos, lo “opinan” mucho mejor los ordenadores, aunque solo sea porque tratan más datos con menor subjetividad (la subjetividad de los jefes -“chefs”- de los informáticos es “cocina”).

Los números y los programas bloquean el entendimiento de algunos y diferencian ideología de método, aun disponiendo de los datos, creyéndose que su bloqueo les autoriza a creer o no creer, según lo entiendan o no. Tal vez se pueda creer en lo que no se sabe, pero en lo que se desconoce pero se sabe, y solo reclaman publicidad de su ignorancia. Se puede no creer en la gravedad, en la ley de mercado, o en la entropía, pero no cambia la inexorable “supervisión” de la realidad. Insistir en ideologías que se han quedado reducidas solamente a diagnosticar la sociedad por clasificación, agrupación y etiquetación no supervisadas, es otro callejón sin salida, como demostró serlo la Lucha de Clases para la Izquierda o el Nacionalismo para la Derecha. La fase actual de negación, está dando paso a la de enfado y negociación (intentando cocinar datos para que las estadísticas salgan a gusto de la ideología, lo cual demuestra que sí lo saben pero no lo quieren saber), pero la realidad siempre vence a la hipótesis y llegará sin duda la fase de aceptación.

Cocinar estadísticas, procedimiento habitual utilizado en fase de negociación con la realidad, es un modo coloquial de referirse a las manipulaciones posibles en el proceso KDD: selección, transformación, proceso, minado, evaluación, algoritmo,... (seleccionar variables, rangos, series, métodos, márgenes, recompensas, con el fin de confirmar la verdad decidida), cuyo riesgo se minimiza con la transparencia y descripción de los criterios técnicos, pues otros técnicos pueden poner colorados a quienes cocinen. Cuanto antes mejor, pues la están liando parda: cambiando la legislación antes basada en ciudadanos y actos, por leyes para grupos y sentimientos clasificados, agrupados y definidos por deseos, intenciones, cálculos electorales, imagen,... suponiendo a los demás intolerantes. Las empresas personalizan la publicidad que nos mandan, y los partidos deciden que todos los militares y policías son de derechas, todos los hombres maltratadores en potencia, o que todas las vientres de alquiler son mujeres explotadas.

No todos los suecos se hacen el sueco. Cualquier programa de “Reinforcement Learning” clasifica mejor que las ideologías las orientaciones sexuales, las clases sociales, a los hipotecados, los proletarios, los empresarios, a los catalanes, los españoles, a los cazadores, a los jueces, a los trabajadores, a los funcionarios, a los okupas, a los estafadores, a las familias numerosas,... Cualquier algoritmo les asigna

mejor que las ideologías sus etiquetas con valores medios, sus varianzas, los márgenes de error,... y establece reglas de agrupación de comunidades entre ecologistas, animalistas, vegetarianos, feministas y anarquistas. Además en cada caso, establece los rangos de “balanceo”, “modularidad” (sintropía), “confianza” y “fiabilidad”. En la realidad -supervisión- existen ecologistas, animalistas, vegetarianos de derechas (Hitler), anarquistas neoliberales, machistas institucionales,... y las reglas de agrupación que se suponen por definición de las ideologías, no son respaldadas por los análisis “bayesianos”. En la realidad, las mujeres también mienten, también discuten, también gritan y se ponen agresivas, lo crean o no lo crean, cocinen o no cocinen los datos, en mayor o menor porcentaje.

Creyéndose las ideologías, como religiones “light”, con la autoridad de modificar la realidad por creer en la superioridad moral, definen, encajonan y asocian por el método de “porqué yo lo valgo” -y acojonan-, con datos seleccionados que las confirman, sin medidas de error, diversidad o confianza, o en el peor de los casos, con base estadística cocinada, se categorizan los grupos entre viles capitalistas buitres que explotan el derecho a una vivienda, y etiquetan al desahuciado como trabajador o parado sin recursos y con la responsabilidad de una familia,... pero lo hacen sin objetivizar los datos que “regresan” esa etiqueta, sin establecer los intervalos de confianza de tal descripción. Contra la supuesta tolerancia con la que se autodefinen unos y otros, a quien les pregunte con qué base estadística se llega a la etiqueta y con qué fiabilidad, es juzgado y a su vez cancelado como facha, machista, neoliberal, explotador,... (si ellos fueran los tolerantes no juzgarían y si algo les define es que no etiquetarían). Como prescinden de los márgenes de error, de las varianzas, de las matrices de confusión y “scoring”, de los rangos y tamaños muestrales, de la definición de factores, del método utilizado, y de toda objetividad, se les cuelan descontroladamente en la categoría otras etiquetas: falsos positivos y falsos negativos. Tal vez un nini jeta que prefiere ir de vacaciones a Ibiza a pagar un alquiler, dejando a un pensionista cuya renta mensual depende por completo de esos ingresos sin nada en la nevera (un tópico igual de improcedente sin datos, que el contrario). Con el tiempo, no les queda otra que redefinir la regresión y complicar las leyes con excepciones, que a su vez generan otras excepciones,...

Los sinvergüenzas y sinvergüenzos explotan a los víctimas y víctimas, dentro de cada equipo factorizado, aprovechando esta administración asimétrica que busca afinidades electorales por equipos, para compensar supuestas asimetrías de las etiquetas-clases-asociaciones, que los partidos han decidido que son la Verdad, sin tantos datos como chatGPT. En esa gestión por grupos, son los jetas dentro de los grupos los que se aprovechan: las vampires de los divorcios se aprovechan de las mujeres maltratadas, los okupas de los parados, los grandes propietarios de los empresarios con iniciativa e ideas, los latifundistas de los agricultores,... Es indiferente e independiente de si son clase mayoritaria o minoritaria (más jerga técnica en “datos no balanceados”). Gestionar por grupos es crear castas de aprovechados dentro de las clases que gorronean de los tópicos, que los votados han decidido que son la Verdad por estar apoyados por el “scoring” de sus votantes. Por decir eso, por afirmar que somos todos iguales ante la Ley, que no importa lo que sientas, sino lo que hagas, serás cancelado de insolidario, pues la solidaridad se mide según etiquetas convenientes a la manera de pensar... de la estética que sea.

Los pueblos o los grupos no tienen derechos si no tienen deberes. Sujeto y adjetivo: derechos y deberes son de los ciudadanos, no de los grupos de ciudadanos, no de los pueblos, que son circunstancias que los adjetivan. Sus responsabilidades y obligaciones, se definen por sus actos, no por el grupo o pueblo en el que los “chefs” hayan “factorizado”. Si se quiere gestionar a una sociedad compleja con esta simplificación, cualquier I.A. (que de momento son muy tontas) lo hace mucho mejor, pues lo mide con

números, y no llegará a ser ella tan inteligente como vosotros, sino vosotros tan tontos como ella, pues ya no el “ChatGPT”, sino cualquier software de menor nivel, Sistema Experto, “Business Intelligence”, solamente hacen eso que las ideologías bobaliconas de hoy creen de tanta profundidad, importancia y trascendencia: muy rápido, con muchos datos, y lo que es mejor, con descripción medible de sus propias limitaciones. La inteligencia es algo más y funcionando colectivamente así, la estamos degradando a algo menos.

Y no: esencialmente no hay más, salvo estéticas. De no tener más que ofrecer que administrar supuestas asimetrías sociales no contrastadas con datos, los intolerantes acabarán votando al ChatGPT y los tolerantes absteniéndose, pues el ChatGPT contestará a todos lo que quieren oír, con tal de que le voten -“rewarding”-, que es lo que hacen los votados. Ni Derechas ni Izquierdas hacen más que opinar, que es proyectar hipótesis de diagnósticos causales que la realidad debería supervisar. Si la base del conocimiento son datos o son votos, aplausos o deseos, depende de si se es adulto o infantil, pero si no se quieren conocer los datos porque no conducen a los deseos, entonces son ideologías de malcriados. La supervisión compete a los datos, no a los tutores de los datos. Una medida de importancia radical para la calidad democrática que está pasado desapercibida, al nivel de la traducción vernácula y la imprenta, que permitieron que cualquiera podía interpretar la Biblia, es la obligación de publicar todos los datos disponibles, para que cualquiera pueda analizarlos con sus algoritmos. Sigue habiendo malos cocineros y tristes curas sermoneando apocalipsis, pero han perdido su poder. Ahora el poder de las beatas moralistas enfadadas que se creen con autoridad para supervisar los datos porqué gritan mucho y no porqué analizan datos, haciendo lo mismo, también se diluirá.

“Adults Only”.